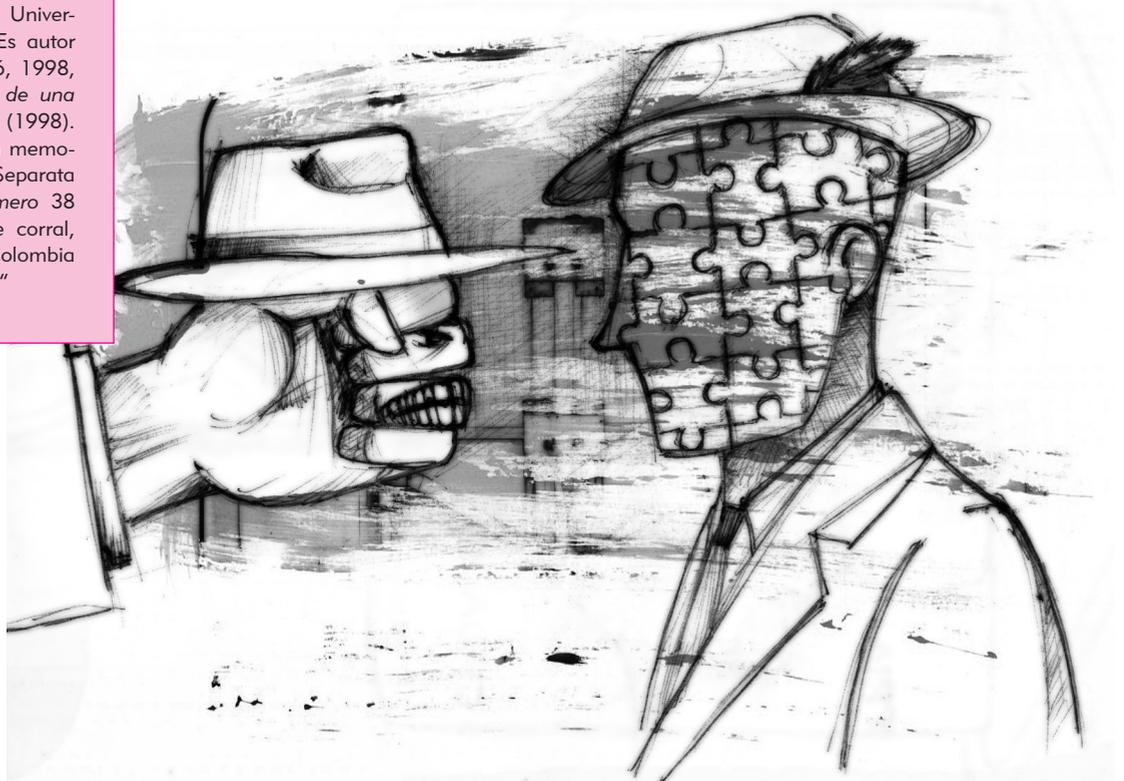


El detalle. De la vida cívica y agresiva de los colombianos en los años cincuenta

HERBERT BRAUN

Profesor de Historia en la Universidad de Virginia, EEUU. Es autor de *Mataron a Gaitán* (1986, 1998, 2008), y *El rescate: diario de una negociación con la guerrilla* (1998). Entre otros escritos sobre la memoria, ha publicado en una Separata Especial de la Revista Número 38 (2004) el ensayo "Aves de corral, whisky, toallas y algo más: Colombia entre el recuerdo y el olvido."
hb3r@virginia.edu.co



RESUMEN

Partiendo de un contraste entre el habitus de los alemanes en el siglo XIX hasta entrado el XX tal como lo delinea Norbert Elias, especialmente en su libro *Los alemanes*, se busca una explicación del comportamiento cívico y agresivo de los hombres en los pueblos y en las ciudades de Colombia durante la violencia de los años cincuenta. Si las "estructuras de personalidad" de los alemanes expresan y reflejan una sociedad estrictamente jerárquica, de mandamientos y de obediencia, las distinciones jerárquicas en Colombia se viven de una manera más ambivalente, flexible, suave, incierta y volátil. Si los alemanes sabían cotidianamente dónde estaban parados, los hombres colombianos –conservadores y liberales– y especialmente dentro del contexto nacional y local de las incertidumbres partidistas a partir de 1946, viven una ansiedad continua que los lleva a expresarse con un elegante esmero y una agresividad visceral.

ABSTRACT

Beginning with a contrast between the habitus of the Germans in the nineteenth century and into the twentieth, as delineated by Norbert Elias most especially in his work, *The Germans*, this essay seeks to explain the civic and aggressive behavior of the men in the towns and the cities of Colombia during the violence of the 1950s. If the "personality structures" of the Germans express and reflect a strictly hierarchical society of command and obedience, the hierarchical distinctions in Colombia are lived in ambivalent, flexible, soft, uncertain and volatile experiences. If the Germans knew daily where they stood in relationship to others, the Colombian men, Conservatives and Liberals, especially in the local and national contexts of the extreme partisan uncertainties that begin in 1946, live a constant anxiety that leads them to express themselves with respectful elegance and visceral aggression.

Muy temprano, a las ocho de la mañana del 5 de enero de 1951, frente a las oficinas del periódico liberal *El Tiempo* en la Carrera 7ª, en el centro de Bogotá, 33 jóvenes ciclistas se montaron en sus bicicletas para iniciar la primera Vuelta a Colombia, que recorrería las regiones centrales más pobladas del país¹. La primera de las diez etapas los condujo hasta la población de Honda, sobre el río Magdalena, a 163 kilómetros de distancia. Desde allí pedalearon por tierras cultivadas de café y caña de azúcar, por sinuosas y estrechas carreteras casi todas destapadas en el Valle del Cauca, hasta la ciudad de Cali y de regreso por la cordillera central andina. Los ciclistas pensosamente escalaron las pendientes en el costado oriental de la cordillera andina, para luego bajar a la Sabana de Bogotá. Los locutores de Radio Cadena Nacional (RCN) anunciaban a gritos los detalles de cada etapa para sus ávidos radioescuchas en pueblo tras pueblo a lo largo del país, comenzando a las 7:30 de la mañana, sin parar hasta las 4 de la tarde². La caravana de ciclistas se fue hilvanando por esas regiones en donde los miembros de los dos partidos tradicionales, el conservador y el liberal, se peleaban entre sí en el peor de los conflictos rurales en la historia de la nación, que se llamaría posteriormente la Violencia.

En dos de sus más conocidos documentales sobre el ciclismo en Colombia, “Yo pedaleo, tú pedaleas” y “Los escarabajos,” Lisandro Duque Naranjo aclara que hay dos clases de colombianos: “los que tienen derecho a nostalgias muy ilustres, y los otros.” Estos dos no habitan diferentes ámbitos de la vida social, como nos podríamos imaginar fácilmente. Sus experiencias de vida resultan siendo diferentes, pero también bastante similares. “Para los primeros son los testimonios de las grandes gestas.” Para los demás “las nostalgias no tienen tanto pedigrí histórico, pero no por ello dejan de ser afectuosamente cultivadas, e incluso, importantes, muy importantes. La Vuelta a Colombia en Bicicleta es una de esas nostalgias, probablemente la mayor y la más democrática. Se puede ser analfabeta, y sin embargo dominar sus estadísticas; ignorante, pero a pesar de ello poder comparecer con ese tema en esos programas de “Miles de pesos por su respuesta.” Este conocimiento y estos recuerdos, estas nostalgias contribuyen a integrar

1. “1.154 kilómetros cubrirán los ciclistas en la Vuelta a Colombia,” *El Tiempo*, Enero. 5, 1951.

2. “Ciclismo: El viejo tiempo,” *Semana*, Enero 13, 1951, p. 35.

Varios historiadores argentinos niegan la existencia de la población negra aduciendo que la misma pereció en la última década del siglo XIX con la fiebre amarilla y la Guerra del Paraguay

a todos los colombianos en la mezcla nacional. “Es imposible, definitivamente,” concluye Duque, “ser colombiano, y no haber oído nombrar jamás a Ramón Hoyos,” el corredor del departamento de Antioquia que ganó la Vuelta cinco veces, en 1953, 1954, 1955, y 1956, y nuevamente en 1958, cuando la Violencia llegaba a su fin³.

Los recuerdos se comparten. Si la mayoría de los colombianos —como los seres humanos de todas las latitudes— no viven experiencias íntimas de muchos momentos históricos ilustres, se pueden acercar a ellos y en efecto lo hacen. Esta cercanía es una costumbre nacional, quizás una obsesión, puesto que a lo largo de su historia los colombianos han estado intensamente interesados en sus elites, en cada detalle de quiénes son, de lo que hacen, de cómo hablan, cómo se visten, cómo piensan y cómo escriben. Las elites también sienten las nostalgias populares; por los menos tratan de acercarse a ellas. Comenzamos a sentir la proximidad que existe entre los colombianos, los de la alta sociedad y los de los pueblos. Los colombianos del común saben de la Vuelta y esperan que se les escuche cuando hablan de ella. Al fin de cuentas, son colombianos, y por lo tanto, personas. Duque escribe que quienes sobresalen en el deporte lo hacen en competencias individuales, en ciclismo y atletismo, por ejemplo. ¿Quién puede olvidar —entre muchos otros— a grandes ciclistas como Ramón Hoyos y Martín Emilio *Cochise* Rodríguez, quien entre sus victorias mundiales, ganó la Vuelta cuatro veces; y al corredor de larga distancia Víctor Mora⁴ Personas resistentes, que han vivido con honor y dignidad. Los colombianos viven con el sentido de que valen para algo, de que cuentan. Esperan abiertamente el respeto de los demás, ya sea de los se encuentran mejor o peor situados que ellos. Las distancias entre los

3. Estas palabras han sido recogidas por el hermano del autor, Rafael Duque Naranjo, en su *Los escarabajos de la Vuelta a Colombia*, Bogotá, Editorial Oveja Negra, 1984.

4. Disfruto inventando el cuento, para tomar mayor parte en estas nostalgias, de que mi esposa Cecilia y yo llamamos a nuestros hijos Emilia y Martín en honor de Martín Emilio *Cochise* Rodríguez.

La civilidad es una fuerza expansiva en la historia colombiana tan profundamente arraigada que las tensiones entre los colombianos pueden estallar súbitamente mientras se encuentran unos con otros en las esquinas, en los bares, en el trabajo, precisamente cuando esos ideales civiles de respeto mutuo no se logran cumplir

colombianos son cercanas, fluidas, volátiles, flexibles y a veces hasta superables. Los colombianos son sensibles ante los demás.

Esta proximidad vivida es una profunda realidad, en buena parte no reconocida, en la historia de América Latina. Alma Guillermoprieto, la fina cronista de las vidas contemporáneas de los latinoamericanos, lo expresa muy bien en 1994 cuando analiza la vida y obra del novelista peruano y figura pública Mario Vargas Llosa. Las relaciones entre los peruanos a los que se refiere son muy a menudo más descaradas de lo que tienden a ser entre los colombianos. También se centra en las emociones más mordaces de la vida humana, en los “conflictos y frustraciones” que por supuesto siempre son parte de nuestra historia. “En la sociedad peruana multicolor, y quizás en todas las sociedades con muchas razas y desigualdades extremas, blanco y cholo son términos que se refieren a otras cosas además de la raza o el grupo étnico: sitúan a la persona social y económicamente, y muchas veces son estos factores los que determinan su clasificación. Esto último es flexible y puede cambiar, dependiendo de las circunstancias y las vicisitudes de los destinos individuales. Uno siempre es blanco o cholo con respecto a otra persona, porque uno siempre está mejor o peor situado que otros, o es más o menos importante, o tiene más o menos rasgos occidentales o mestizos, o indígenas o africanos o asiáticos que los otros; y toda esta cruda nomenclatura que decide buena parte del destino de alguna persona se mantiene en virtud de una efervescente estructura de prejuicios y sentimientos –desdén, envidia, amargura, admiración, emulación– que muchas veces, bajo ideologías, valores, y desprecio, es la explicación profunda de los conflictos y frustraciones de la vida peruana” (Guillermoprieto, 1994).

El historiador Jaime Jaramillo Uribe está

favorablemente impresionado por la falta de caudillos en la historia de Colombia, por la preponderancia de soluciones cívicas a los conflictos armados en el siglo XIX, y por el comportamiento civil de sus líderes, principalmente, pero no exclusivamente en Bogotá. En el periodo colonial y hasta el siglo XIX, se desarrolló en la ciudad capital, escribe él, “un tipo psicológico... un tipo gestor político,” quien, con una larga experiencia de estar cerca al poder, es un “experto en letras, derecho, teología, y trato social; inteligente, ingenioso, flexible...”. De estas élites bogotanas, continúa para concluir de manera más crítica, “ha irradiado esa especie de bizantinismo que para muchos observadores caracteriza al colombiano educado,” hombres y también mujeres que viven con un agudo enfoque en las costumbres, en la forma y el estilo, en la discusión, esto es, en las buenas maneras y las palabras elegantes (Jaramillo Uribe, 1977).

La vida cotidiana de los colombianos se lleva a cabo dentro de una “serie de engranajes con complejas interrelaciones entre ellas,” con rayos –como los de las bicicletas– que van y vienen entre los pueblos, las capitales de los departamentos y la ciudad capital de Bogotá. El historiador Robert H. Dix (1992: 10) entiende que estas relaciones de larga distancia son de orden demográfico, económico, cultural y político. Los colombianos ricos, medianeros y pobres, las élites, los notables de los pueblos y la gente en el campo, algunos con más poder y otros con menos, algunos con un poco de ambos, se encuentran enlazados por estos rayos. Las diferencias o las distinciones son para ellos mismos muy difíciles de detectar, lo que los lleva a hablar de ellas sin cesar. Más que vidas distantes y aisladas que resultan necesariamente explotadoras cuando se confrontan unas con otras, los colombianos viven existencias que frecuentemente se traslapan, que pueden ser cordiales o conflictivas, o más bien, son una mezcla de las dos. Lo que es notable en la historia de Colombia es la difusión de palabras elegantes, del lenguaje civil de las ciudades a los pueblos; de comportamientos formales y cuidadosamente refinados de la gente culta de los centros urbanos hacia aquellas gentes menos educadas de los pueblos. Esta difusión se hace posible gracias a que los notables son los que buscan aproximarse a sus jefes, a estar en comunicación con ellos. Rara vez se vuelcan en contra de ellos.

La civilidad es una fuerza expansiva en la historia colombiana tan profundamente arraigada que las tensiones entre los colombianos pueden estallar súbitamente mientras se encuentran

unos con otros en las esquinas, en los bares, en el trabajo, precisamente cuando esos ideales civiles de respeto mutuo no se logran cumplir. Durante el periodo excepcional de la Violencia a mediados del siglo XX, quienes vivían en los pueblos y sus alrededores se enemistaban entre ellos cuando no lograban mantener los intercambios verbales con sus jefes de las ciudades. Se volcaban unos contra otros cuando sentían que la deferencia que merecían de los que estaban inmediatamente por encima o por debajo de ellos, no se les concedía.

Norbert Elias, el notable sociólogo histórico alemán, percibe códigos de comportamiento entre los alemanes durante el “autocrático y jerárquico” siglo XIX. Sus compatriotas sentían la necesidad de tener una “jerarquía estable de dominación y subordinación que era expresada en rituales estrictamente formalizados de distancia social”. Estos rituales, sostiene, “trazaron límites precisos en torno al ámbito de toma de decisiones de cada individuo, o en otras palabras, le ofrecieron a la persona individual un asidero firme para tomar sus decisiones al asignar áreas restringidas de responsabilidad. En consecuencia, ello permitía un control relativamente simple de las tensiones personales, el cual hubiera aumentado inmediatamente si ese marco jerárquico social se hubiera debilitado o inclusive hubiera empezado a tambalear” (Elias, 1996: 69). Estos puntos de apoyo son raros y escasos para los colombianos, especialmente durante los años de la Violencia. Los colombianos hacían grandes esfuerzos para tratarse con decencia y civilidad. Cuando las jerarquías tambalearon, los conflictos brotaron. Vivían sus vidas entre la civilidad y el insulto, entre el respeto y la humillación.

La vida cotidiana de los colombianos en el siglo XIX hasta mediados del XX no fue una jerarquía tan autocrática de dominación y obediencia, como lo fue para los alemanes. Elías encuentra los orígenes de aquellos códigos germánicos de comportamiento en la cultura militarista de sus clases altas. Entre su pueblo “una variedad particular de clase media entró en escena: los burgueses se apropiaron del estilo de vida y las normas de la nobleza militar” (Elias, 1996: 15,64). Esta es una experiencia histórica muy apartada de la vida de los hombres en los pueblos y en las ciudades colombianas, para quienes estas relaciones jerárquicas tenían un origen cívico. Patricia Londoño-Vega relata la historia de dos señoras de la sociedad de Medellín que acuden al arzobispo por allá en los años treinta para solicitarle que autorice

“ La vida cotidiana de los colombianos en el siglo XIX hasta mediados del siglo XX no fue una jerarquía tan autocrática de dominación y obediencia, como lo fue para los alemanes ”

una nueva escuela para educar a las mujeres de la nobleza local. El arzobispo, quien por supuesto es un hombre muy culto, “responde que primero habrá que importar una pareja de europeos nobles” (Londoño-Vega, 2002: 93).

En Colombia hay poco que se le parezca a una cultura militar. El sentimiento de valor en la guerra nunca ha sido demasiado apreciado. Algunas veces como las hazañas de Simón Bolívar y otros líderes contra los ejércitos reales españoles durante las guerras de independencia y quizás en algunos momentos en los que algún general sin formación y sus harapientos partidarios de los llamados ejércitos liberales y conservadores en el siglo XIX, han podido suscitar algunos sentimientos de este tipo. Puede haber surgido entre los soldados y algunos otros durante la corta guerra contra el Perú entre 1932 y 1933, o cuando se envió un batallón colombiano a Corea en 1952 y 1953. Sin embargo, dice el destacado líder conservador Manuel Serrano Blanco, que el conflicto con Perú fue una “seudo-guerra... sin combates, sin lucha, sin muertos, sin sangre, sin dolor, gloria, ni pasión” (Serrano Blanco, 1987: 161). Sin un pasado marcadamente feudal no hay aristocracias rurales poderosas con una independencia legal y efectiva del centro,⁵ y sin una nobleza local de alguna trascendencia, y sin una clase guerrera, los colombianos, y quizás los latinoamericanos en general, escasamente habrán podido sentir en carne propia y en su imaginación, el heroísmo y la gloria de la batalla militar.

Durante las décadas después de la independencia, hubo en el país una aguda conciencia de la importancia de las poblaciones indígenas y de origen africano, conciencia que se ha ido recuperando últimamente. Sin embargo, durante los años de la Violencia, Colombia era una nación sorprendentemente homogénea. Con una población en gran parte mestiza, las distinciones raciales y étnicas entre los colombianos muchas veces no eran fáciles de detectar. La mayoría eran católicos y, por supuesto, todos hablaban español. Se les podía enseñar a hablar y escribir de manera correcta, a comportarse apropiada y sociable-

5. Para los orígenes patrimoniales en la historia de América Latina, ver especialmente Góngora (1975).

mente. La riqueza entonces no era tan codiciada como seña de distinción social como lo es hoy en día. Vivían en una sociedad profundamente desigual, y muchos de ellos padecían alguna forma de pobreza, rara vez se encontraban explícitamente anclados a su posición, y no se sentían legalmente impedidos para salir adelante. Conservadores y liberales se consideraban orgullosamente colombianos, el uno más leal que el otro a la patria. Las distancias entre ellos eran con frecuencia cercanas, flexibles y volátiles. Los colombianos sentían la necesidad de estar muy atentos, de observarse con cautela los unos a los otros, para descubrir los detalles que los distinguían entre sí. Ciertamente se reírían del agudo formalismo ritual de aquella vieja tradición alemana del *Bruederschaft*, en la que, entrelazándose los brazos, los hombres y también las mujeres brindaban unos por otros cuando habían acordado dejar de referirse con el distante, público y formal “Sie” y conocerse con el personal e íntimo “Du.”

La experiencia subjetiva de diferencias sociales, la búsqueda de relaciones desiguales dentro de una sociedad jerárquica, ha sido significativa tanto para los alemanes como para los colombianos como para muchos otros pueblos también pues ni el uno ni el otro ha deseado ver que estos códigos de comportamiento se tambaleen. Sin embargo, las diferencias entre alemanes y colombianos son profundas. Elías ve a los alemanes como individuos que tienden a dominar y a obedecer. En comparación los individuos tanto en las ciudades como en los pueblos de Colombia con frecuencia se expresan con un sentido finalmente atenuado y persuasivo de su lugar preciso en el orden social. Bastante menos firmes y categóricos que los alemanes, los colombianos con frecuencia son pulidos en su comportamiento en el intento de ubicarse por encima de algunos y por debajo de otros. Los mejores desaires son los desaires leves, suficientemente explícitos para ser dolorosos, pero no tan agresivos para forzar la reacción del otro. Es mejor contestar un insulto con ingenio y sarcasmo, y dejar al opositor sin saber bien a bien lo que las palabras injuriosas significan exactamente.

Un día a comienzos de los años cuarenta, Manuel Serrano Blanco, un pensador estridentemente derechista, se encontró con uno de sus opositores políticos en el andén de la calle principal de Bucaramanga, la 53, quien le dice: “Yo no le abro el paso a ningún sinvergüenza.” En ese andén y en ese mismo momento, Serrano Blanco le responde sin pensarlo dos veces: “Yo sí,” le dice. Inmediatamente se baja a la calle, le da el paso y vuelve al andén para continuar su camino (Serra-

no Prada, 1987: 10). Como muchos otros políticos urbanos, Serrano Blanco tenía la habilidad de criticar a sus opositores sin avivarles demasiado la ira. Estas palabras de su biógrafo son dicentes. “Dueño de una fina suspicacia, sabía herir suavemente con el estilo punzante de su palabra, sin incurrir en la enemistad incorregible porque en cada sarcasmo estaban marcadas la habilidad y el ingenio... Colocaba con donosura el estoque de su verbo elocuente en el alma de sus contendores sin incurrir en el agravio personal y sus enemigos lo respetaban por el recursivo tono de la controversia” (Serrano Prada, 1987: 10).

Un buen ejemplo de este estilo artístico nacional se puede ver en la entrevista publicada en la revista *Cromos*, que el poeta Gonzalo Arango le hace a *Cochise* Rodríguez en su casa, de clase obrera en Medellín, en 1968 (Arango, 1968: 10-11, 45). El poeta está irritado porque el ciclista no lo recibe con la deferencia que siente que merece; en efecto, ni siquiera está enterado de que un poeta famoso ha llegado a visitarlo. “Él se escarba con la uña una tirita de carne que se le quedó enredada en los dientes,” relata el poeta. “Sigues sin decir nada, como a mil kilómetros de distancia. Este campeón parece difícil de entrevistar. Su tontería o falta de hospitalidad me desaniman bárbaramente”. Arango comienza a jugar con él, llegando a enterarse que solo lee libros sencillos y que no sabe nada de música clásica. *Cochise* parece no darse cuenta de que el poeta se está burlando de él, lo cual lo hace quedar todavía peor. Arango señala que la casa está arreglada sin gusto, con colores chillones. La virtud del ciclista, concluye, reside en su “absoluta animalidad.” Y luego suaviza el golpe. “Si *Cochise* supiera quién es Gonzalo Arango... estoy seguro de que no sería el Campeón Nacional de Ciclismo”. Ser campeón es importante, casi tanto como saber de poesía. Arango sabe que vale más. Las distinciones están señaladas. Pero cada cual tiene su lugar en el país.

Cuando les era posible, los hombres en las ciudades y con frecuencia los de los pueblos también, eran alegres y salpicaban con ironía sus encuentros con los demás. En su relato evocador de la facilidad con que el *Palomo* Aguirre, el popular bandido liberal de comienzos de los años treinta, iba y venía por los pueblos del departamento del Tolima, Eduardo Santa comenta sobre las vidas cordiales que con frecuencia ocurrían allí: un “interminable y alegre carrusel de fantasías” llenas de “frecuentes carnavales, bailes de ocasión, corridas de toros y carreras de caballos, festividades religiosas y bazares populares, aniversarios ruidosos y ferias de postín.” Señala la omnipresencia del humor entre los colombianos. “Nadie era aje-

no a esas explosiones de júbilo y todos compartían aquellas cosas que hacían más amable y verdadera la existencia, olvidando las limitaciones propias de una comunidad aislada y distante de los centros civilizados. Todo allá estaba llamado a perdurar en el recuerdo, desde el perfume de las flores que decoraban las avenidas del pequeño parque, hasta la anécdota simple y divertida que era como la espada que cortaba las distancias sociales y las solemnidades inútiles” (Santa, 2004: 23).

Hace algunos años, al empezar a estudiar el comportamiento de las figuras públicas de la élite, yo le atribuía gran parte de su enfoque a la jerarquía y a las distinciones sociales de los valores católicos y la cultura política, con un contraste implícito con las sociedades protestantes supuestamente más igualitarias (Braun, 2008). Pero las expresiones culturales jerárquicas son más un fenómeno casi universal, con variaciones significativas en cuanto a forma e intensidad de un tiempo y lugar a otro. Más recientemente me he preguntado si la cultura católica puede ejercer alguna influencia paliativa y mediadora en estos comportamientos jerárquicos.”⁶

Elias sostiene que a las élites alemanas se les dificultaba comunicarse con sus masas antes de la llegada de Adolfo Hitler, quien cerró la brecha (Elias, 1996: 8). Sería difícil descubrir un periodo en la historia colombiana en la que los líderes liberales y conservadores hayan tenido dificultad sintiéndose cómodamente comprendidos por sus partidarios, especialmente por aquellos que sabían leer y escribir. Al mismo tiempo es difícil encontrar un momento en que aquellos en los pueblos hayan tenido problemas para dirigirse a sus líderes urbanos. Lo hacen cada vez que la oportunidad se les presenta. No encontramos entre los colombianos los vacíos verbales, las brechas en las cuales un hombre como Hitler se pueda desenvolver.

Malcolm Deas, el incisivo historiador inglés de la historia colombiana, fue testigo de las negociaciones entre el gobierno y una banda de guerrilleros en el pueblo de Corinto el 24 de agosto de 1984. Cuenta que los lugareños, al argumentar sus casos ante los funcionarios “hablaron con soltura, algunos con elocuencia. Recuerdo que pensé que hablaban mucho mejor que un grupo equivalente de ingleses”. El historiador cierra sus

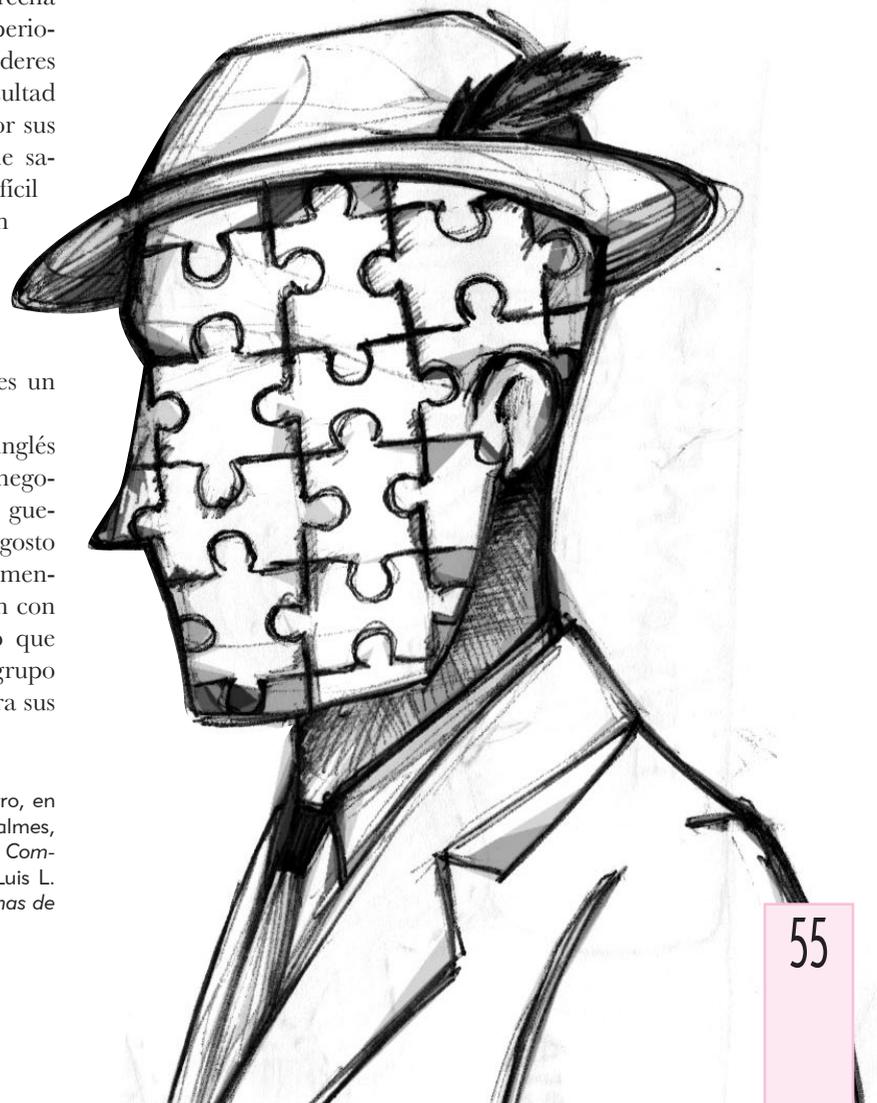
.....

6. Los puntos de vista del catolicismo desde adentro, en contraste con el protestantismo, son de Jaime Balmes, *European Civilization: Protestantism and Catholicity Compared*, Baltimore, Murphy and Co., 1865, y José Luis L. Aranguren, *Catolicismo y protestantismo como formas de existencia*, Madrid, Alianza Editorial, 1980.

ojos mientras las palabras de los locales continúan aflorando, “no era fácil, por la retórica, saber si el orador de turno” era un miembro de alto nivel de la comisión gubernamental o simplemente un humilde líder de la guerrilla (Deas, 1993: 316, 323).

¿Cuáles son las “estructuras de personalidad” que exhiben los colombianos? Elias busca conectar la “estructura de poder” de una sociedad a las “actitudes, formas de expresarse, ideas fundamentales sobre los seres humanos” que están hondamente arraigadas, y a las que denomina ‘hábitus’. Con este término busca apartarse de la visión inamovible y esencialista del “carácter nacional” de un pueblo. El *habitus* nacional de un pueblo no está fijado biológicamente... más bien está íntimamente conectado con el proceso particular de la formación de Estado que ese pueblo ha vivido (Elias, 1996: 2).

¿Cómo son entonces los colombianos? Al hacernos esta pregunta, nos referiremos principal, pero no exclusivamente a los hombres, y no solo porque en la Violencia las confrontaciones



Se esforzaron para no llegar al enfrentamiento físico. Eran hombres de la ciudad, y no de los pueblos. Se consideraban entes razonables. Habían aprendido a controlarse

son entre hombres. Nos enfocamos en las élites urbanas en las ciudades y en los notables de los pueblos, pues son ellos los actores principales en la Violencia. Existen entre ellos, claro está, diferencias notables de clase, raza, género, educación, cultura y geografía. Al mismo tiempo, desde el político más prepotente hasta el campesino más humilde, los colombianos son detallistas y sensibles en su trato social.

Tal como lo expresa Mary Roldán (2002: 110), la historiadora del departamento de Antioquia en los años de la Violencia, en sus “narraciones geográficamente específicas”, la historia de esos años “yace en los detalles de la historia local”. Esta apreciación está apoyada por los recientes estudios regionales y locales de estos años de conflicto⁷. Sin embargo, también podemos comprender la Violencia en el amplio ámbito nacional⁸. Nos centraremos en las expectativas de un trato social deferente, de honor y de dignidad, que los colombianos dentro de un orden jerárquico. Profundizaremos en las estructuras de personalidad individuales y en sus *habitus*, que experimentan en formas hondamente ambiguas, pues los hombres de la élite en las ciudades y los notables en los pueblos tendrán dificultades en establecer su rango social.

.....

7. Estudios recientes enfocados en lo local y lo regional incluyen, Jaime Arocha, *La violencia en el Quindío: Determinantes ecológicos y económicos del homicidio en un municipio cafecultor*, Bogotá, Tercer Mundo Editores, 1979; Carlos Miguel Ortiz Sarmiento, *Estado y subversión en Colombia*; James D. Henderson, *Cuando Colombia se desangró: un estudio de la violencia en metrópoli y provincia*, Bogotá, El Áncora Editores, 1948; María Victoria Uribe, *Matar, rematar y contramatar: Las masacres de la Violencia en el Tolima, 1948-1964*, Bogotá, CINEP, 1990; Darío Betancourt and Martha L. García, *Matones y cuadrilleros: Origen y evolución de la violencia en el occidente, 1946-1965*, Bogotá, Tercer Mundo Editores, 1990; Julio Casas Aguilar, *La Violencia en los Llanos orientales*, Bogotá, ECOE Ediciones, 1986; Ulises Casas, *De la guerrilla liberal a la guerrilla comunista*, Bogotá, 1987; Darío Fajardo, *Violencia y desarrollo: Transformaciones sociales en tres regiones cafetaleras de Tolima, 1936-1970*, Bogotá, Fondo Editorial Suramérica, 1979; Elsy Marulanda, *Colonización y conflicto: Las lecciones de Sumapaz*, Bogotá: Tercer Mundo Editores, 1991.

A muchos de los líderes nacionales de los dos partidos en esos años les fue muy difícil tratarse con respeto y saludarse con un mínimo de cordialidad. Se esforzaron para no llegar al enfrentamiento físico. Eran hombres de la ciudad, y no de los pueblos. Se consideraban entes razonables. Habían aprendido a controlarse. El silencio que los envolvía al no haber comunicación entre ellos, sin duda les ofreció algún alivio, e incluso la certidumbre moral de que estaban en la razón. Pero para muchos de ellos estos sentimientos venían acompañados de una sensación de tragedia, de fracaso, en la medida que quienes los rodeaban en los pueblos se volvían cada vez más violentos. Casi no lograron convencerse a sí mismos de que no tenían alguna responsabilidad, aunque fuera indirecta, en la violencia que surgía en el campo. Sin la vida pública y la sociabilidad de la que fueron orgullosos a lo largo del hasta entonces apacible siglo XX, sintieron que vivían, como ellos mismos lo decían, en el “desierto.”

Durante todos estos años, los antagonismos entre liberales y conservadores en las ciudades siguieron siendo notablemente civiles. Peter Gay y Norbert Elías relatan cómo los hombres europeos de las clases altas luchaban para controlar sus sentimientos agresivos, en contraste con las masas, que con tanta frecuencia simplemente llegaban a pelearse y se convertían en matones. Resolver los asuntos mediante duelos cuidadosamente contruidos y fríamente fabricados, confrontaciones ritualizadas de uno a uno, ayudaba a los miembros de la élite a dominar su ira, transportando sus sentimientos a espacios remotos del conflicto original, lo que conducía a resultados predecibles en los que ni

.....

8. Gonzalo Sánchez, uno de los más eminentes historiadores de Colombia y de la Violencia enuncia nuestra búsqueda presente ya en 1985, cuando la imagen nacional se reemplazaba por imágenes regionales y locales: “Dicho simplemente, las contribuciones recientes sobre la Violencia suscitan dos problemas que son tanto políticos como metodológicos: la conexión entre la variación regional y la unidad nacional (o para decirlo más exactamente, parafraseando a Marco Palacios, la necesidad de plantear ‘la cuestión regional como un problema nacional;’) y la búsqueda de una manera adecuada de formular el vínculo inseparable entre la fragmentación real de lo que se estudia – la Violencia en todas sus múltiples expresiones – y el reto permanente de la síntesis.” Gonzalo Sánchez, “La Violencia in Colombia: New Research, New Questions,” en *Hispanic American Historical Review*, Vol. 65, No. 4 (Nov., 1985), p. 804. 789-807

el victorioso ni el vencido podían sentirse deshonrados. El duelo “proporcionaba ceremonias para establecer la hombría, pruebas y sustituciones de proezas sexuales, y con sus reglas obsesivas de procedimiento, establecían un marco confiable en el cual los jóvenes podían dominar los sentimientos agresivos que los inundaban.” Además, infligían suficiente dolor para satisfacer aún al superego más exigente” (Gay, 1993: 32, 9 - 33).

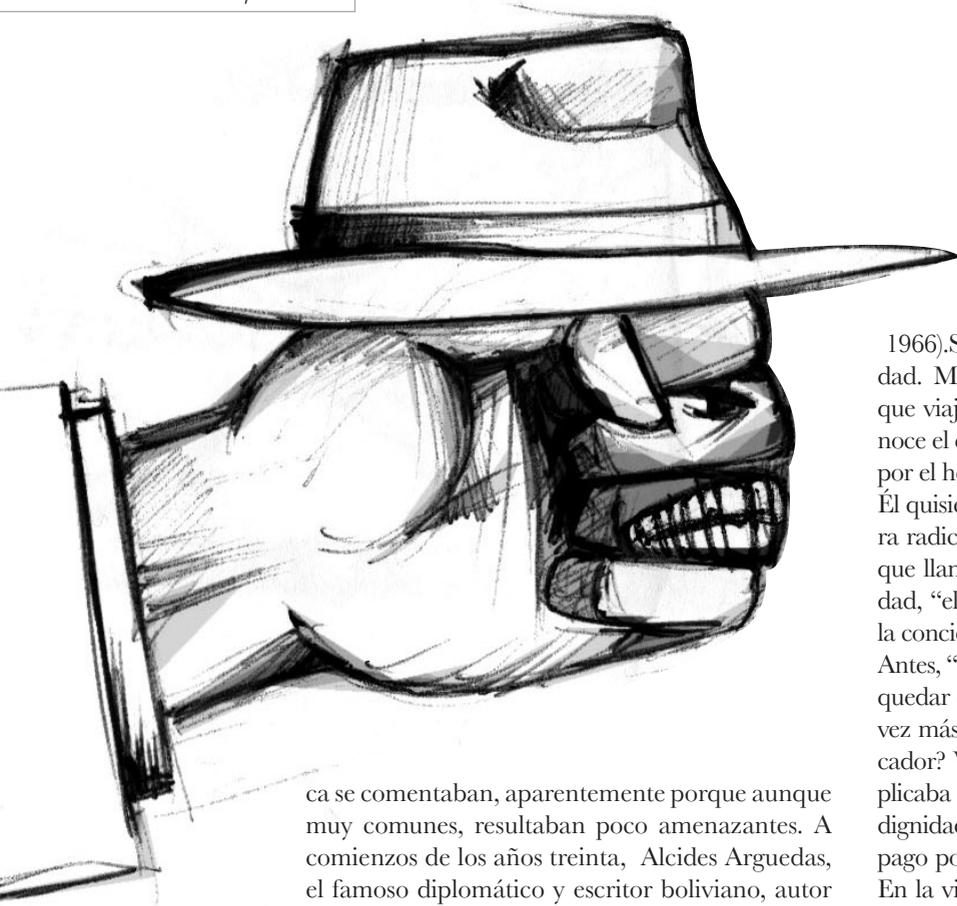
Aunque sus vidas estaban constantemente entrelazadas con el honor y el respeto público, los políticos en Colombia, y los de una buena parte de América Latina, pocas veces acudieron a los duelos para resolver sus diferencias (Elias, 1996: 44 - 119). Durante muchas de las confrontaciones entre los jefes liberales y conservadores, los líderes de los ejércitos de ambos bandos lograban en gran medida mantener entre ellos relaciones cordiales. En 1898, justo antes de la Guerra de los Mil Días, Rafael Uribe Uribe, el célebre líder militar y civil de los liberales anotó que “Colombia se divide, por decirlo así, en dos naciones: los bogotanos y los provinciales, siendo los segundos los ilotas de los primeros... Puesto que aquí han fraguado toda la vida los políticos las guerras que los provinciales hemos debido pelearles para adelantar su fortuna, quedándose ellos aquí, divirtiéndose y charlando sabrosamente entre enemigos” (Uribe Uribe, 1979: 252). En contraste con las vidas de los jóvenes universitarios alemanes de finales del siglo XIX que Gay describe, las vidas de los muchachos de clase alta en Colombia parecen, a lo largo de la historia, aburridas. El duelo como forma de resolver disputas de honor les parece foráneo, un ritual de un pasado lejano. Indalecio Prieto, el líder político socialista español escribe mientras vive en el exilio en México sobre los pocos duelos en América Latina, tanto en el pasado como en el presente; y *El Tiempo* publica una nota con orgullo, titulada en forma muy dicente “Cosas del pasado: los llamados duelos de honor”. Prieto expresó su sorpresa de que estos conflictos todavía ocurrían hasta cierto punto en Europa. “Hay gentes”, escribió, “a quienes se les para el reloj y otras a quienes se les para el calendario”, el primero mucho más inflamable que el último” (*El Tiempo*, 12 de mayo 1949). La capacidad de los hombres de las élites a lo largo de América Latina, para quienes los asuntos de honor son de hondo significado, de lidiar unos con otros bajo circunstancias extremadamente difíciles sin acudir a la agresión ritual, es notable. Tampoco son atraídos por los rituales y el ejercicio físico, o por una búsqueda personal de destreza corporal. En efecto, los esfuerzos ingentes de autocontrol y disciplina son difícilmente detectables en sus vidas.⁹

En la Alemania de finales del siglo XIX y hasta la Segunda Guerra Mundial, el consumo de bebidas alcohólicas era un comportamiento altamente ritualizado, en especial entre los estudiantes universitarios en sus fraternidades. Con estos ritos buscaban el dominio y auto control, y el dominio de los mayores sobre los más jóvenes. “Las costumbres sociales que favorecen el consumo excesivo de alcohol,” escribe Elías, “y al mismo tiempo acostumbran al bebedor a una cierta medida de disciplina en la beodez, indican un alto grado de desdicha.” Antes de la Primera Guerra Mundial, las “reglas de fraternidad para beber en bares –conocidas en alemán como Bierkomment– exigían que la persona más joven tenía que vaciar su vaso cada vez que su compañero mayor brindaba por él o levantaba su vaso para saludarlo. Aun en lo más álgido de la velada alcohólica, a los miembros de la fraternidad no se les permitía olvidar que la omisión de la observación de distancias siempre era un peligro para los miembros más jóvenes de rangos inferiores. Las riendas se podían aflojar hasta cierto punto solo en compañía de aquellos de la misma edad y rango, pero aun esto era limitado. Por ello, aun en momentos de gran bullicio, un estudiante de fraternidad debía saber exactamente hasta qué punto podía llegar” (Elias, 1996: 39, 6, 98, 103).

Los colombianos han hablado y escrito, a menudo obsesivamente, sobre los hábitos exagerados de consumo de trago entre ellos especialmente dentro de los de niveles inferiores de la sociedad, y ello ha constituido una de las preocupaciones centrales de las elites. Entre ellos era bien sabido que las masas bebían demasiado, con frecuencia hasta la inconciencia y que sus bebidas eran poco saludables, en especial la infame chicha, un brebaje denso de alcohol de maíz fermentado en las casas de la gente y en bares, y servido con cucharón. El alcohol y el comportamiento agresivo estaban muy ligados en las mentes de muchos, y por ello constituían una preocupación considerable para los líderes, y con razón, puesto que no hay duda de que el alcohol y el comportamiento agresivo de los hombres de los pueblos van unidos, lo cual ha motivado diversas leyes e iniciativas pedagógicas para lograr controlarlos.

Curiosamente, los hábitos de beber de las elites colombianas en las zonas urbanas casi nun-

9. Para un ensayo exploratorio sobre el lugar de la disciplina en América Latina, y su problemático vínculo con la modernidad, véase Miguel Ángel Centeno, “The Disciplinary Society in Latin America,” en Miguel Ángel Centeno y Fernando López-Alves, eds., *The Other Mirror: Grand Theory Through the Lens of Latin America*, Princeton University Press, pp. 289-308.



ca se comentaban, aparentemente porque aunque muy comunes, resultaban poco amenazantes. A comienzos de los años treinta, Alcides Arguedas, el famoso diplomático y escritor boliviano, autor de *Pueblo enfermo* entre muchas otras obras, estaba atónito ante las grandes cantidades de alcohol que consumían las gentes cultas con quienes él departía socialmente en Bogotá. Los escoceses, concluyó, no tomaban tanto whiskey como los colombianos. Estos hombres del altiplano tropical bebían más, pensaba, que cualquier otro pueblo del mundo, y él ya había viajado por buena parte del planeta.

Un día, fue invitado junto con 200 personas más a una fiesta, un piquete ofrecido en el campo por los líderes de uno de los “clubes aristocráticos” de la ciudad. Cada invitado contribuyó una suma considerable de dinero, tanto que los organizadores pudieron comprar suficiente alcohol para que, según sus cálculos, cada uno pudiera beber por lo menos botella y media de whiskey. Las mujeres bebieron poco o nada. Sin embargo, antes de que la reunión se terminara, cuando todas las botellas estaban vacías, se enviaron camiones a la ciudad para traer más. “No hay, pues, entonces duda; el alcoholismo o, cuando menos la afición al alcohol, instituye la tara más visible de una buena parte de esta sociedad bogotana, tan llena de distinción y de cultura, y la embriaguez no se considera, ni mucho menos, una vergüenza o siquiera un bochorno” (Arguedas, 1959: 763-764). Arguedas describe diversas cordiales y aun joviales reuniones sociales, muchas horas de descanso ebrio y sosegado.

Los colombianos se consideran a sí mismos personas, ya no sujetos de un orden social colonial, y no seres enajenados que parecen ser tan comunes en el mundo moderno, principalmente el anglosajón (Marcuse, 1966). Sus vidas discurren con honor y con dignidad. Miguel Cané, el famoso ensayista argentino que viajó por Colombia a fines del siglo XIX, reconoce el cambio que existe entre las vidas dominadas por el honor y las que son definidas por la dignidad. Él quisiera que ese cambio se lograra de una manera radical, con la muerte de “ese sentimiento vano que llamaban honor!” y el nacimiento de la dignidad, “el origen de la grandeza de las razas sajonas: la conciencia individual”. Lo describe gráficamente. Antes, “Tú me has dicho ladrón, tú debes morir y yo quedar en la demanda de mi honor”. Ahora, cada vez más “¿me has dicho ladrón, incendiario, falsificador? Ven, paga y márchate”. Antes, el honor implicaba la muerte, o por lo menos, la sangre; con la dignidad viene una simple rendición de cuentas, un pago por las pérdidas sufridas (Cané, 1919: 51,52). En la vida de los colombianos durante los años de la Violencia, surgió con nueva fuerza el sentido del honor, esa sensibilidad ante las injurias cometidas hace años y ayer; ese sentido de revancha que Cané deplora. Los colombianos pensaban más en el pasado que en el presente. Sus memorias, sus recuerdos los definían.

Al final del siglo XIX en el Buenos Aires de Miguel Cané, en otros lugares de América Latina y en Colombia también, “la cultura del honor no era meramente una reliquia heredada de una sociedad tradicional”. De acuerdo con Sandra Gayol, era considerada “un derecho inherente a la naturaleza humana, indispensable para el hombre civilizado”. El honor se combina con “autoestima, virtud, probidad, honradez y respeto, disfrutados por una persona”, por dignidad (Gayol, 2004: 495 - 496). En su estudio revelador acerca de los cambios en las expectativas cotidianas de honor desde la colonia hasta el periodo republicano en Arequipa, Perú, Sarah Chambers anota que durante la colonia “un insulto solo amenazaba el propio prestigio si provenía de un igual”, y solamente imbuía la vida de las elites. Pero en la medida que el espíritu más republicano e igualitario permea lentamente las vidas de los arequipeños, y un mayor número de ellos podían “alcanzar el honor mediante actos heroicos o inclusive conductas socialmente sancionadas” después de la independencia, encontraron que también se tornaban sensibles a las afrentas de sus inferiores (Chambers, 1999: 165, 170-171). Sig-

En Colombia a mediados del siglo XX, el título honorífico de Don continúa siendo significativo, pero puede aplicarse prácticamente a cualquiera, aun a campesinos

nificativamente, ella hace referencia a los grados de honor y respeto y a los “conceptos flexibles de honor” entre los arequipeños hacia la mitad del siglo diecinueve. En la medida en que las distinciones entre ellos se mezclaban y se borraban, el honor se volvió cada vez más politizado. “Aún los matices aparentemente más finos podían constituir importantes afirmaciones del honor,” concluye.³⁶ En sus vidas durante el periodo republicano, los arequipeños y otros latinoamericanos experimentaron vidas inciertas que los obligaban a observarse el uno al otro con gran precisión, y cuidar pausadamente su comportamiento diario. Eran vidas definidas por los detalles.

En Colombia a mediados del siglo XX, el título honorífico de Don continúa siendo significativo, pero puede aplicarse prácticamente a cualquiera, aun a campesinos. Ahora, una persona de posición inferior puede abstenerse de referir a uno de los notables de los pueblos como Don y esta persona, de posición superior puede sentirse injuriada. Con esta democratización del honor, si así se puede llamar, o esta plebez y vulgarización, se puede lanzar un insulto no solamente entre iguales y superiores. Un notable pueblerino, un presidente del comité municipal de su partido, puede sentirse injuriado ante un insulto hasta de un humilde campesino. Por lo tanto, los colombianos son sensibles ante los demás; a cómo se les trata, a los gestos, a las palabras. Las pequeñas diferencias son enormes. Las diferencias más finas los definen. Los detalles son dicentes. Los colombianos resienten profundamente el insulto. Esto no es, por supuesto, su condición innata. Es parte de su “estructura de personalidad.” El resentimiento y la humillación están siempre a la vuelta de la esquina. Los colombianos a mitad del siglo XX llevan vidas especialmente volátiles y vulnerables.

Roger Gould intenta entender las disputas relacionadas con posición de rango que terminan en conflictos sociales. Sostiene que a menudo éstas no se refieren esencialmente a los asuntos más preponderantes de clase, raza y género o de ideología y partidos políticos. Las interacciones no tienen que estar relacionadas con nada ‘importante’ —a menos, como propongo, que reconozcamos que el rango social por sí mismo, es uno de los asuntos más importantes de todos” (Gould, 2003: 137). En ese momento los indivi-

duos están más propensos a involucrarse en acalorados encuentros que en otras ocasiones: “por juegos de cartas, daños a la propiedad, disputas sobre límites e insultos verbales”, en interacciones frente a frente que son tanto personales como políticas. Destaca, como lo hacemos acá, “la insuficientemente valorada centralidad de la forma, en el sentido de lo que la gente hace en las disputas con relación al contenido de lo que “tratan” aparentemente las disputas en patrones de conflicto individuales o de grupo”(idem). Para aquellos para quienes un tratamiento formal y un tono civil son tan importantes, las palabras de un insulto lo serán todavía más.

Un contenido social subyacente, la tierra, un trabajo, una posición política, llevan a dos o más personas a interactuar entre sí. Como Gould lo expresa tan elocuentemente, “el insulto verbal de algún tipo es una característica universal del conflicto interpersonal” (Gould, 2003: 12). Cuando estalla un argumento, raramente hay vuelta atrás. Cuando se ha cacheteado a un hombre en la cara, sentirá dentro de sí la necesidad de defenderse, de hacerse valer, y no lo olvidará fácilmente. Y sabemos muy bien cómo el asesinato puede conducir frecuencia a sentimientos y acciones de venganza. Una interacción que comienza una noche en un bar en un pueblo pequeño de alguna parte, puede continuar con consecuencias allá y en otros sitios durante años venideros.

Gould busca vínculos entre lo nacional y lo local cuando estas conexiones se rompen, cuando cambian, se alteran y se perturban; cuando los periodos más comunes de lo que él entiende como dominación, se erosionan, para luego analizar lo que sucede en las vidas de quienes están lejos. A partir de su estudio sobre las tasas de homicidio en Córcega en el siglo XIX y en Francia en 1849, 1851 y 1852, muestra que la agitación política y las transiciones en el panorama nacional, similares a la transición del gobierno liberal al conservador en Colombia en 1946, condujeron a “cambios locales en rango social que inciden en otras relaciones dentro de las familias y entre vecinos conectados a estos cambios, aumentando con ello la probabilidad de disensión”. Estas tensiones se manifiestan en el enjambre de relaciones locales y a veces estarán tenuemente vinculadas a eventos nacionales. “Los procesos sociales a gran escala siempre están

Los colombianos, conservadores y liberales, sentían hondamente sus lealtades partidistas. Los hombres en los pueblos eran miembros de comunidades políticas íntimas y asociaciones amplias, y se sentían imbuidos por ello de una vida pública que trascendía sus propias existencias

vinculados y en efecto están constituidos por pequeñas interacciones localizadas. No tienen más remedio que ocurrir en contextos locales”.

Generalmente, entre individuos y grupos “la ambigüedad sobre posiciones relativas establece una situación volátil. Los individuos son más propensos a presionar en las disputas”, escribe Gould, en su perspicaz estudio sobre el conflicto en la historia, “cuando su vínculo social no proporciona señales sobre rango” (Gould, 2003: 136-137). Estas son precisamente las situaciones experienciales en las que los hombres de los pueblos frecuentemente se encontrarán durante los años de la Violencia. Algunos intercambios interpersonales tienden a ser más volátiles que otros. Gould se centra en aquellos los cuales las diferencias en el rango social no son claramente definibles para los participantes, donde, como hemos dicho, éstas son ambiguas. Edward Shils (1972: 170) anota de igual forma que el rango social es particularmente importante para los que temen perder sus puestos, para quienes se les niega la entrada a un estrato que ellos consideran propio, y para los que sienten estar a punto de escalar. En estas situaciones, su posición social es lo suficientemente próxima para que se puedan imaginarse a sí mismos en su lugar, más o menos como iguales, con similares privilegios y derechos¹⁰. Las proximidades, la flexibilidad, el pequeño paso entre los seres humanos parecen ser tan o más problemáticas que las distancias.

Los colombianos, conservadores y liberales, sentían hondamente sus lealtades partidistas. Los hombres en los pueblos eran miembros de comunidades políticas íntimas y asociaciones amplias, y se sentían imbuidos por ello de una vida pública que trascendía sus propias existencias. Ocupaban un lugar en la sociedad y tenían un sentimiento de orgullo, de honor y de dignidad; sabían quiénes eran y dónde estaban ubicados, quiénes eran sus jefes y

10. Shils, “Deference,” en *The Constitution of Society*, Chicago: The University of Chicago Press, 1982 [1972], p. 170.

quiénes sus partidarios, quién debería ser deferente con ellos y con quién ellos a su turno deberían ser comidos. Su partidismo alentaba ese respeto tan caro para ellos y les trajo calidez a sus vidas. Y el partidismo también hacía que cada momento fuera tan incierto, tan impredecible. Los hombres en los pueblos muchas veces sabían quiénes eran sus enemigos. En momentos de conflicto les faltaban al respeto y no lograban que se les tratara con la deferencia que exigían. La civilidad y el insulto se encuentran en la misma moneda¹¹.

Kathleen Romoli, la muy perceptiva viajera americana que pasó por Colombia a comienzos de los años cuarenta, describe con precisión las relaciones fluidas y flexibles que existían entre los colombianos con quienes se encontraba. Se sorprende una que otra vez de la amabilidad y la gracias de los colombianos de todas las clases sociales. También anota que ellos manifiestan una “reacción instantáneamente hostil a cualquier cosa que tenga sabor a reprensión. El peón, cuya respuesta a una reprimenda es un poco de obstruccionismo activo, no es insólito; intente usted hacer un suave y bien fundado reclamo en un hotel, y la respuesta es de agudo resentimiento. Por ello, los empleadores deben tener reservas de tacto que los harían aptos para los más altos cargos en la diplomacia internacional” (Romoli, 1942: 26,35). El empleado de la ciudad, el notable del pueblo sabían que eran alguien, o por lo menos no un cualquiera, y por lo tanto esperaban algo de respeto de los demás. A veces, hasta el más humilde campesino no se quedaba atrás. Estos dos comportamientos, el de la cordialidad y el de la agresividad, uno tan aparentemente diferente del otro, no son separables en la vida de los colombianos durante los años de la Violencia. El honor y la dignidad están en juego. El respeto y el insulto a menudo van de la mano.

Los encuentros agresivos se dan aquí y allá en los pueblos y en las carreteras que los rodean, de uno en uno, en medio de largas jornadas de tranquilidad cívica. Los heroicos ciclistas y sus caravanas de acompañantes y los locutores de la radio durante la inaugural Vuelta a Colombia

11. Como historiadores a menudo nos sentimos incómodos con la deferencia y la combinamos con el desafío. Véase, por ejemplo, Michael Snodgrass, *Deference and Defiance in Monterrey: Workers, Paternalism, and Revolution in Mexico, 1890-1950*, Cambridge, UK y New York, Cambridge University Press, 2003; Susan M. Deeds, *Deference and Deference in Mexico's Colonial North: Indians under Spanish Rule in Nueva Vizcaya*, Austin, University of Texas Press, 2003; William W. Kelly, *Deference and Defiance in Nineteenth-Century Japan*, Princeton: Princeton University Press, 1985.

fueron vitoreados por las gentes, por liberales y conservadores, al lado de la vía. Durante las diez etapas de la carrera, los ciclistas consumieron 346 pollos, 1.730 naranjas, 173 piñas, 173 papayas, 692 panelas, y bebieron 1.038 tazas de té y 692 sodas (*Semana*, enero 20 de 1951: 34). También los jefes se acercan a estas nostalgias populares. Algunos viejitos aún se pueden recordar, a más de 50 años de distancia cuántos pollos devoraron los ciclistas en 1951, si les preguntaran en el programa “Miles de pesos por su respuesta.” Los colombianos viven anclados a los detalles de sus vidas cotidianas. ◆

BIBLIOGRAFÍA

ARANGO, GONZALO (1968). “Cochise a vuelo de tequila,” Cromos.

ARGUEDAS, ALCIDES ARGUEDAS (1959). “La danza de las sombras,” en sus *Obras Completas*, Tomo I, Madrid: Aguilar.

BRAUN, HERBER (2008) *Mataron a Gaitán: Vida pública y violencia urbana en Colombia*, Bogotá: Aguilar.

CANÉ, MIGUEL (1919) “Honor Moderno,” en *Ensayos*, Buenos Aires, Casa Vaccaro, 1919. Deas, Malcolm (1984) “Un Día en Yumbo y Corinto,” en *Del poder y la gramática y otros ensayos sobre historia, política y literatura colombianas*, Bogotá: Tercer Mundo Editores.

CHAMBERS SARAH (1999) *From Subjects to Citizens: Honor, Gender, and Politics in Arequipa, 1780-1854*, University Park, PA, The Pennsylvania University Press. *El Tiempo*, mayo 12, 1949.

Dix, Robert H. (1967) *Colombia: The Political Dimensions of Change*, New Haven, Yale University.

ELIAS, NORBERT (1996). *The Germans, Power Struggles and the Development of Habitus in the Nineteenth and Twentieth Centuries*. New York: Columbia University Press.

GAY, PETER (1993). *The Cultivation of Habit: The Bourgeois Experience Victoria to Freud*. New York: W.W. Norton and Company.

GAYOL, SANDRA (2004) “‘Honor Moderno’: The Significance of Honor in Fin de Siècle Argentina,” *Hispanic American Historical Review* 84.3

GÓNGORA, MARIO (1975). *Studies in the Colonial History of Spanish America*. Cambridge: Cambridge University Press.

GOULD, ROGER (2003) *Collision of Wills: How Ambiguity about Social Rank Breeds Conflict*, Chicago, The University of Chicago Press.

GUILLERMOPRIETO, ALMA (1994). *The Bitter Education of Mario Vargas Llosa*, The New York Review of Books.

LONDOÑO-VEGA, MARÍA PATRICIA. (2002) *Religion, Culture and Society, Medellín and Antioquia, 1850-1930*, Oxford, Clarendon Press.

MARCUSE, HERBERT (1966) *One Dimensional Man: Studies in the Ideology of Advanced Industrial Societies*, Boston.

PARKER, DAVID. (2001) “Law, Honor, and Impunity in Spanish America: The Debate on Dueling, 1870-1920,” *Law and History Review*, Vol. 19, No. 2.

PICATTO, PABLO (1999) “Politics and the Technology of Honor: Dueling in Turn-of-the-Century Mexico,” *Journal of Social History*, Vol. 33.

ROLDÁN, MARY (2002) *Blood and Fire: La Violencia in Antioquia Colombia, 1946-1953*, Durham, Duke University Press.

ROMOLI, KATHLEEN (1942) *Colombia: Gateway to South America*, New York, Doubleday, 1942.

SANTA, EDUARDO SANTA (2004) *Crónica de un bandido legendario (Historia real en 26 cuadros cinematográficos)*, Bogotá, Editorial Códice.

SEMANA, Enero 1951. *Ciclismo: “El Mejor de los 35”* Jaramillo Uribe, Jaime (1977) *La personalidad histórica de Colombia y otros escritos*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura. Serrano Blanco, Manuel (1987) “El libro de la raza,” in *Obras Completas*, Bogotá: Colección Pensadores Políticos Colombianos, Cámara de Representantes.

SERRANO PRADA, RAFAEL (1987) “Prólogo: El monstruo de la elocuencia,” en Manuel Serrano Blanco, *Obras Completas*. Bogotá: Colección Pensadores Políticos Colombianos, Cámara de Representantes.

URIBE URIBE, RAFAEL (1979). “Discurso sobre visitadores fiscales,” en sus *Obras Selectas*, vol. 1, Colección “Pensadores Políticos Colombianos”. Cámara de Representantes, Bogotá: Imprenta Nacional

